

La Cazadora y el Demonio

Agustina Pettinato



stablediffusionweb.com

Capítulo 1

Palabras de la autora

Mi querido lector. Le agradezco mucho su paso por esta novela.

Es la primera vez que escribo sobre realismo fantástico, y me da curiosidad cómo me irá. jejeje.

Tomé en cuenta algunas noticias que ocurrieron por esta zona que son catalogadas como "extrañas", y las tomé como fuente de inspiración.

Sin más que agregar.

Los dejo con esta historia!

Capítulo 2

Prólogo

La Gran Logia de Cazadores de Vampiros ha existido desde la época de la Edad Media, cuando un grupo de hombres se levantó en armas contra estos seres que atormentaban a sus familias y sus poblados.

Esta actividad rápidamente se extendió por toda Europa.

Sin embargo con el paso de los siglos, la Gran Logia solo eran admitidas aquellas familias importantes y prestigiosas que poco a poco se fueron reduciendo a los miembros de las casas reales y la aristocracia.

Los métodos de enseñanzas a los futuros integrantes eran muy estrictos ya que éstos debían tener los sentidos muy agudizados para detectar a sus enemigos a una gran velocidad, y así poder acabar con ellos.

Los cazadores se reconocían entre ellos debido a que las armas, las insignias familiares y las habilidades eran transmitidas de generación en generación.

Uno de los clanes más poderosos eran los Blackwood gracias a sus poderes oculares mejor conocidos como "los Ojos de la Muerte"; con ellos podían ver los puntos débiles de sus enemigos con solo posar sus ojos en éstos, y así utilizar las armas apropiadas en tiempo récord. Además eran capaces de visualizar el tiempo de vida de las personas ordinarias. Incluso una de las técnicas más fuertes era la "Prisión del Averno" donde el ente sobrenatural era arrastrado hacia las profundidades del mismo infierno. Así mismo todos poseían una gran fuerza sobrehumana y una velocidad envidiable.

Pero no todo eran halagos para esta familia de prodigios, ya que las malas lenguas decían que en algún momento de su historia uno de sus miembros hizo un pacto con un demonio muy poderoso; y que él era la razón de todas sus cualidades.

Capítulo 3

Capítulo 1

Londres, Inglaterra. Año 1888

Lady Elizabeth Blackwood caminaba por los grandes corredores de la mansión de su familia a pasos apresurados.

Su abundante cabellera rubia estaba dividida en tres partes formando con una de ellas un enorme y bien peinado rodete adornado con moños, mientras que las otras dos partes caían hacia adelante. Un bonito sombrero la acompañaba. Por su lado, su vestido de seda azul flotaba a cada paso que ella daba.

La joven era perseguida por un muchacho de tez caucásica, corto cabello castaño claro y ojos celestes. Estaba vestido con su uniforme negro de mayordomo.

—¡My Lady, por favor. No lo haga!—exclamaba el muchacho de 23 años tratando de alcanzarla—¡My Lady!

—Debo hacerlo William. No tengo otra opción—respondió la joven.

—Pero mi señora.

Elizabeth se detuvo en seco en el descanso de la escalera de mármol blanco debajo de una alfombra roja con detalles dorados, y miró a su mayordomo.

—Comprende William, no tengo más remedio que ir a la Gran Logia y dar mi testimonio.

—Lo sé My Lady pero podrían castigarla severamente por mi culpa—replicó nervioso—Déjeme ir en su lugar.

Elizabeth le acarició el rostro y lo miró con ternura.

—Aunque quisieras no te dejarían ingresar. Sé que cometí un error grave pero jamás hubiese dejado que nada malo te pasara; mi amado William.

—Le agradezco a Dios todos los días haberla conocido. Usted es mi sol.

Poco a poco los jóvenes se fueron acercando hasta que una voz masculina los detuvo.

—Disculpen mi interrupción pero My Lady, su carruaje la espera.

Ambos reconocieron la voz de Ezalel, y lo miraron.

Se trataba de un hombre de unos veinticinco años, dueño de una belleza irreal y pocas veces vista en este mundo. Era alto y extremadamente pálido, sus ojos negros como el carbón solían estremecer a quien lo miraba, y su cabello negro azabache le llegaba hasta la nuca; su traje de mayordomo siempre estaba impecable y bien planchado.

—Lady Elizabeth debemos irnos ahora. Es de mala educación llegar tarde a sus citas—dijo Ezalel extendiéndole la mano a su señora desde los pies de la escalera—.Permítame ayudarla.

William le acarició el rostro a su amada por última vez antes de dejarla partir.

—Ezalel, te imploro que la protegas—le dijo William a su colega.

—Mi estimado William, soy un demonio. No me recuerdes mi trabajo.

Elizabeth miró muy enojada a Ezalel.

—¡No vuelvas a decir cosas así, Ezalel! Por tu culpa podrían descubrirnos—replicó la joven.

—Sí, sí. Lo que usted ordene mi señora—dijo el demonio—.Esto me pasa por pactar con niños.

La joven dama y su mayordomo salieron de la mansión donde los esperaba el carruaje tirado por un hermoso caballo blanco. El cochero saludo a Elizabeth con cortesía, y se pusieron en marcha lo más pronto posible.

—Los condes ya se encuentran en la Gran Logia, My Lady—comunicó Ezalel.

—Gracias.

El mayordomo notó nerviosismo en el rostro de su señora.

—¿Nerviosa, My Lady?

—Debo responsabilizarme por mis actos. Dejé escapar a un ser

monstruoso.

—Ustedes los humanos son criaturas curiosas. El amor los impulsa a hacer cosas impensadas y estúpidas. Quien diría que un sirviente ocasionaría tal situación.

—Mi corazón me impulsa en cada combate contra los vampiros pero cuando estoy con William no puedo evitar sentirme en paz; cada vez que me abraza siento su calor y me gusta quedarme allí y oír el latido de su corazón.

—Los demonios no amamos, simplemente nos atraen las almas. Para nosotros hay almas que valen más que otras. Eso es todo.

El carruaje continuó su recorrido por las calles adoquinadas de la ciudad; todo estaba muy animado y repleto de gente.

Elizabeth no pudo evitar sentirse acongojada al ver a un pequeño niño tratando de vender unos periódicos sin suerte, ya que los adultos simplemente lo ignoraban o lo empujaban con violencia.

Ella no podía dimensionar el echo de qué podría pasarle si no vendiera la cantidad necesaria, ¿recibiría golpes? ¿no le darían de comer? o quizás algo mucho peor.

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no notó que habían arivado a una enorme casa cuya arquitectura era gótica inglesa de dos plantas con ladrillos a la vista y techos en forma piramidal de color plomo oscuro, a los visitantes los recibía un pequeño pero hermoso jardín delantero lleno de flores y plantas.

Realmente parecía una vivienda ordinaria pero en realidad era el recinto donde se juntaban los miembros de la Gran Logia a debatir sobre las diferentes misiones a completar, hasta los entrenamientos de los pupilos; al tratarse de una edificación alejada del resto de viviendas no había inconveniente para ellos. Lo que la gente común no sabía era que todo el perímetro era custodiado celosamente por guardias armados y expertos en combate.

En ese instante, un guardia se presentó en la puerta. Se trataba de un hombre alto, de tez caucásica y cabello castaño claro. Estaba vestido de manera muy elegante con un traje negro, camisa blanca y corbata negra. En su cabeza llevaba un casco que le hacía sombra sobre sus ojos, que tenía grabado un escudo que tenia una espada corta de hoja ancha, atravesando la forma que recordaba la boca abierta de un vampiro, de color rojo sangre; ambas sobre un círculo con picos color gris metal.

—¿Quién viene?—preguntó el guardia.

—Lady Elizabeth Blackwood, hija del conde Edward Blackwood y la condesa Emily Desmond—pronunció el cochero.

—¡Abran las puertas!

El mayordomo descendió, y ayudó a su joven ama.

—Lady Blackwood sea bienvenida—dijo el guardia mientras le hacía una reverencia.

—Muchas gracias, noble caballero.

—Permítame escoltarla hacia el interior, my lady—le dijo a la vez que le ofrecía su brazo.

—Es un honor.

Se encaminaron hacia el interior del edificio a paso lento, seguidos por Ezalel de cerca. Por su parte, la joven se dio fuerzas antes de cruzar la puerta.

El guardia se despidió con formalidad, y se marchó dejando en su lugar al mayordomo quien se colocó a un costado de la entrada junto a otros sirvientes.

El interior era aún más tétrico que el exterior. Tenía muy poca iluminación y pocos muebles, lo que era perfecto para que los miembros de la Gran Logia de Cazadores de Vampiros pudieran colocarse a cada lado del salón al estilo de los juicios, y justo en medio había un banco.

El atuendo de los miembros de la Gran Logia eran muy simples: una túnica negra que los cubrían de pies a cabeza. Además de usar la insignia de la logia en forma de cadena antes descrita. Si bien entre ellos ya se conocían, utilizar el uniforme era algo obligatorio dentro de la mansión.

La señorita Blackwood se sentó en el banquillo e intentó ocultar su nerviosismo.

—¿Puede decirnos su nombre?—preguntó una voz femenina desde algún punto del cuerto.

—Soy Lady Elizabeth Blackwood, la hija menor del conde Edward Blackwood, quien desciende directamente del Caballero "Puño de Hierro" Perceval Blackwood, y la condesa Emily Desmond, heredera de la casa

Desmond.

—¿Sabe qué la trae aquí hoy, señorita Blackwood?—preguntó una voz masculina que estaba ubicada a la derecha de la joven.

—La misión de cazar a "Jack, el Destripador" fue un fracaso.

—¿Y sabe por qué?

—Jack, el Destripador tomó de rehén a un civil, y no tuve más remedio que...

—¿No tuvo opción?!—la interrumpió el mismo hombre quien salió de su formación para acercarse a ella. Se trataba del marqués Sharwood, un hombre de treinta y cinco años, de tez caucásica y ojos verdes, de cabello pelirrojo—. El rehén no era más que el mayordomo de su familia, Lady Blackwood. Puso en riesgo a todos los ciudadanos de Londres por un simple sirviente.

—¡William no es un "simple sirviente", Lord Shardwood!—exclamó Elizabeth—. Mi trabajo como cazadora es velar por la seguridad de mis conciudadanos, y eso lo incluye.

—Entonces debo deducir que sus sentimientos no influyeron en su pésima decisión.

—Desde luego que no.

—¡No mienta! No somos ciegos, Lady Blackwood. Sabemos perfectamente de su amor por ese don nadie. Esto pasa porque su familia no la educó como corresponde, y permitió estos actos impuros.

—No me ofenda, Lord Shardwood. Mis padres, aquí presentes, me educaron como le corresponde a una dama de mi alcurnia pero...

—¿Pero?

—Jack, el Destripador lo tomó como prisionero, y la sola idea de perderlo nubló mis pensamientos.

—¿Esperas que tengamos compasión por ti? Son solo excusas. Nuestro trabajo es demasiado peligroso; no nos podemos permitir dudar.

—Lo sé, y es por eso que le pido disculpas a este honorable jurado, y en especial a mis padres. Siento tanta vergueza.

Los miembros se miraron unos a otros.

—Soy una joven enamorada cuyo entendimiento se vio cegado a causa del peligro de muerte de la otra mitad de su vida, pero sé que el amor no es excusa para mi trabajo, y como cazadora de vampiros debo priorizar a los débiles. Yo creo que cualquiera en mi posición hubiese echo lo mismo. Es por esto que desde el fondo de mi corazón suplico vuestra benevolencia—dijo la joven mientras colocaba una mano sobre su corazón.

El salón quedó en completo silencio. Por su parte, Ezalel posó sus ojos en su ama.

—Ya escuchamos sus explicaciones Lady Blackwood—dijo otra voz femenina—. Debatiremos los pasos a seguir, y se lo informaremos en diez días.

—De acuerdo.

—En el lapso de ese tiempo tiene prohibido aceptar casos o utilizar sus armas reglamentarias.

—¿Y si me encuentro con un vampiro que está atacando a una persona?

—Procure no salir de su residencia por las noches.

—Entiendo.

—Puede irse.

Elizabeth se puso de pie y les dedicó una reverencia para retirarse junto a Ezalel.

Ya en su carruaje, Lady Elizabeth le ordenó a su cochero que la llevara al centro de la ciudad.

—La condesa Blackwood ordenó que la lleve de regreso a la mansión, My Lady—dijo el cochero.

—Necesito hacer algo sumamente importante, Jack—respondió ella—. Por favor.

El cochero suspiró, no podía evitar hacerle caso a la niña más querida y adorable de la casa Blackwood. Hacía tantos años que trabajaba para los condes que conocía a la perfección las personalidades de cada bebé que nacía en el seno de esa familia, y podía dar fe que Elizabeth era la más

educada y agradecida de todos, incluyendo a su hermano mayor.

Fue por esto que obedeció la orden, y fue hacia el centro de la ciudad. Se detuvo en una calle en donde había un local junto al otro de varios vestidos, zapatos y joyas.

—Jack, puede tomarse un descanso hasta que lo llame—le dijo la joven mientras se bajaba del carruaje.

—Sí, My Lady.

Elizabeth y Ezalel se encaminaron hacia la cuadra contigua a la tienda de vestidos preferida de Elizabeth, en donde estaba ubicada una imprenta de tres pisos llenas de máquinas de impresión a vapor y a mano.

Tanto hombres como mujeres iban y venían por todos lados.

En el tercer piso estaban las mujeres que se encargaban de coser las hojas de los libros y la encuadernación. Sus vestimentas eran prácticas tales como vestidos largos con delantales blancos, o usaban faldas largas con blusas de algodón; los colores más usados eran el negro, el azul marino y marrón.

El segundo piso estaba ocupado por aquellos que se encargaban de la composición de los textos y la encuadernación. Su vestuario era tan sencillo como el de sus compañeras: pantalones de algodón y camisas del mismo material, a la vez que usaban delantales, y gorras.

El primer piso lo ocupaban aquellos hombres que usaban las máquinas de imprenta, que requerían una gran fuerza física, que estaban distribuidas a lo largo y ancho de la habitación.

Ezalel tocó la puerta con una fuerza prudente.

Abrió un niño de unos once años, delgado, de tez caucásica, unas ojeras comenzaban a salir debajo de sus ojos azules, y cabello rubio oculto por una gorra.

Al reconocer a Elizabeth le dedicó una reverencia.

—Buenas tardes, Lady Elizabeth—fue el saludo del pequeño.

—Buenas tardes, Timothy, ¿se encuentra tu padre?

—Él salió pero no tardará en llegar, my lady. Pase por favor.

Los trabajadores estaban tan metidos en su trabajo que nadie se dio cuenta de la presencia de la joven aristócrata.

Timothy le indicó que se sentara en una de las sillas frente al escritorio de su padre.

—¿Le ofrezco algo de beber, my lady?

—No, cariño estoy bien así pero me gustaría que me informaras sobre "Jack, el Destripador".

—Scotland Yard no tiene idea de quién es, para ellos es un misterio. Tal y como ordenó la Gran Logia, mi padre y yo nos encargamos de modificar cualquier cosa que pueda demostrar la verdadera naturaleza de Jack o que pueda vincularlos directamente.

—Eso es muy bueno.

En ese momento ingresó un hombre de tez caucásica, cabello rubio y ojos celestes. Se trataba de Richard Black, el padre de Timothy.

—Me honra su presencia, my lady, ¿puedo saber el motivo de su visita?—preguntó el hombre.

—Quería saber lo que dicen los periódicos sobre el tema de "Jack, el Destripador"—explicó la joven—.Pero su hijo me puso al corriente. Y también vine a traerle su dinero.

Ezalel se adelantó, y le entregó una bolsita repleta de monedas.

—¡Muchas gracias, my lady! Es un placer trabajar para la Gran Logia—exclamó Richard guardando el dinero.

—Me alegran sus palabras. Recuerde, por favor, que la sociedad debe seguir pensando que "Jack, el Destripador" es un simple humano.

—Como ordene, my lady.

Padre e hijo se despidieron con una reverencia.

Luego de la charla, Elizabeth y su mayordomo se dirigieron a una tienda cercana de telas. La joven se entretuvo mirando las diferentes piezas de lino, terciopelo, gasa y tul en diversos colores tales como el azul, rosado

y malva.

Allí se encontró con una muchacha de tez caucásica, largo cabello ondulado pelirrojo, ojos verdes. Llevaba puesto un vestido de lino color azul pastel con tules en la zona del corsé. Se trataba de la hija del marqués Sharwood.

—Elizabeth, no esperaba verte aquí—dijo Anabelle. Su rostro reflejaba su disgusto.

—Lo mismo digo. Solo vine porque me comentaron de las nuevas telas traídas desde oriente, necesito un vestido nuevo para la fiesta, lo único que me interesa es eso. Tu presencia me es indiferente.

Anabelle estaba por responder cuando la vendedora las interrumpió, llevándose a una joven realmente furiosa pero como estaban en público, debía mantener las formas.

La riña entre Elizabeth y Anabelle se remontaba a su infancia cuando ambas competían en las clases de la Logia, pero la situación empeoró cuando la hija del marqués se paralizó al cazar un vampiro recién convertido, porque el hombre era tan grande físicamente que la joven no pudo hacerle frente con su bayoneta. Por otro lado, lejos de inhibirse, la menor de los Blackwood pudo defenderla sin problemas y exterminó a la criatura; el problema fue que tanto Anabelle y su familia hicieron correr la noticia de que la muchacha de ojos verdes había sido la responsable de tal hazaña.

Dichas palabras causaron un gran enfado en todo el clan Blackwood, pero poco pudieron hacer.

Además...

—My Lady, tenemos que regresar a la mansión—le dijo Ezalel.

—Esta bien, vamos.

Después de un tiempo, los jóvenes regresaron a la mansión de los Blackwood.

La condesa Emily ya los estaba esperando en la sala de estar.

Emily Desmond era la única hija del marqués Victor Desmond y Violet Eastwood. Era alta, de largo cabello castaño oscuro ondulado, tez

caucásica y ojos redondos brillantes.

Debajo de su túnica de la Gran Logia tenía puesto un vestido de lino que marcaba su silueta de reloj de arena color azul oscuro con volantes.

—Ezalel, ve a hacer tus tareas junto a William. Mi hija y yo tenemos que hablar—dijo la condesa.

—Sí, Lady Blackwood—respondió el mayordomo.

Una vez que Ezalel se hubo marchado, Emily le indicó a su hija que tomara asiento en uno de los sillones.

—Elizabeth.

—Ya sé mamá pero lo que dije es lo que siento—replicó la joven.

—Pero no es correcto. Eres una dama de la aristocracia, y William es nuestro sirviente.

—¿Es más importante un título que el amor? ¿Amar es un pecado?

Emily le acarició el rostro a su hija con sumo cariño; comprendía muy bien sus sentimientos ya que en su juventud se había enamorado del jardinero de la mansión de su familia en Oxford.

El nombre del joven era Richard Black de quince años en ese momento, y desde que se conocieron tuvieron una conexión especial. Cada vez que se encontraban sus corazones palpitaban a gran velocidad.

Entre ellos tenían un pequeño secreto: Richard le dejaba todas las semanas un pequeño ramo de rosas atadas con un listón rosado oculto en un hueco de unos de los árboles, para luego verse en la zona más alejada del jardín.

Por primera vez Emily conoció lo que realmente era el amor pero esa felicidad duró poco ya que su padre los descubrió e hizo echar a Richard de su trabajo a pesar de los ruegos de la jovencita.

Nunca más volvió a saber de él.

—Por desgracia—dijo Emily, aunque no se sabía si se lo decía a su hija o a ella misma—.Nuestra posición nos prohíbe actuar con libertad.

—¿Usted también madre?

—Fue hace mucho y tu padre me tiene prohibido hablar de ello.

—¿Se amaban?

La condesa miro a cada lado del recinto antes de hablar.

—Su nombre era Richard, y era el jardinero de mi mansión.

En el momento que estaba por agregar más detalles, su esposo ingersó de golpe. Se lo veía muy serio.

El conde Blackwood era un par de centímetros más alto que su esposa, de tez caucásica, ojos verdes y cabello rubio.

—Elizabeth ve a tu cuarto. Tu madre y yo necesitamos hablar—le dijo.

—¿Me permite dar un paseo por el jardín? Necesito despejarme de mi encuentro con Anabelle Sharwood—quiso saber la joven.

—De acuerdo pero dile a Ezalel que te acompañe. Te quiero lejos de William.

—Sí, padre. Con permiso.

Elizabeth salió del salón donde se encontró con su dama de compañía de nombre Grace, y le pidió que la acompañara a su paseo.

Cuando estaban caminando por los pasillos se cruzaron con William y Ezalel.

En el momento que el mayordomo estaba por decir algo, el conde abrió la puerta y se cruzó de brazos mirando la situación.

—Ezalel acompáñame al jardín, y tu William ve a cambiar la ropa de cama—comentó Elizabeth.

—Sí, Lady Elizabeth—respondió William.

Elizabeth se marchó muy nerviosa junto a sus sirvientes. Se sentía mal por hablarle así a su amado.

Ya en el exterior la joven comenzó con su paseo por el hermoso jardín prolijamente cortado y adornado con rosas, tulipanes, margaritas y claveles también poseían muchos árboles que complementaban el hermoso paisaje. Algunas estatuas de estilo grecoromano vigilaban sin ver

algunos puntos importantes del lugar como rotondas o fuentes.

La joven estaba tan inmersa en sus pensamientos que no noto la figura que estaba agazapada en la copa de un enorme árbol. Sus ojos eran brillantes que denotaba su maldad.

Por su parte, Ezalel fue el único que se percató de su presencia pero opto por no decir nada.

—Un demonio—pensó Ezalel para si mismo—.Y creo que tiene interés en Lady Elizabeth. Eso no lo puedo permitir.

Ezalel tenía sus motivos para proteger a la más joven de la familia ya que necesitaba su poder para cumplir con sus propios objetivos. Derrotar a la bruja que le robó sus poderes.

Ese era el pacto que tenía con Perceval Blackwood desde tiempos antiguos: poder a cambio de protección demoníaco.